

## ABRAZAR LA PACIENCIA Y ESTABLECER PRIORIDADES

P. Juan Pablo Roldán, CSsR.

¡Y se prolongó nomás! Como era de esperar, el tiempo de aislamiento preventivo se ha extendido. Sabíamos de antemano que iba a ser así. Hoy, intuimos que pasará mucho tiempo hasta que todo vuelva a cobrar movimiento. ¿El futuro volverá a ser como antes? Sin lugar a dudas, la historia de la humanidad se dividirá entre un «antes» y un «después» del Covid-19. No tenemos que ser muy «eruditos» para percatarnos de esto. Pero sí, tenemos que agudizar los sentidos para innovar una lectura lúcida y creyente de nuestra realidad, de nuestra vida y de nuestras comunidades con sus prácticas, hábitos y costumbres.

Una certeza que nos ha devuelto la pandemia del coronavirus es que nada es seguro y que nadie, ninguno de nosotros, es imprescindible. Los Estados, las Naciones con más seguridad aparente, han sido los primeros afectados. Creíamos que dominábamos el mundo y podíamos hacer uso y abuso de él; sin embargo, debemos confesar con humildad que la arrogancia no es buena compañera. En este tiempo, los consagrados, junto con toda la creación, recibimos la invitación de volver a colocar en el centro de nuestras vidas al Señor; de recordar las palabras de Jesús: «Adorarás al Señor, tu Dios, y a él solo rendirás culto» (Mt 4,10); de confesar nuestra fe como lo ha hecho Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20,28); y de renovar nuestra profesión de fe, resignificando los consejos evangélicos, con las mismas palabras que María dirigió al ángel en la anunciación: «Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho» (Lc 1,38). Nos sentimos interpelados a anunciar al mundo: que el Señor «es el Rey de toda la tierra» (Sal 47,8). Por lo tanto, ninguno de nosotros somos imprescindibles.

No somos noticia, no salimos en la portada de ningún periódico —a no ser que sea por un escándalo—, no nos aplauden por las noches desde los balcones de las casas, tampoco estamos considerados en el rubro de los «esenciales». Pero nuestra misión consiste en ser sal y luz de la tierra (cf. Mt 5, 13-16), en ser hombres y mujeres que transmitan esperanza, anunciando al mundo que la piedra ya ha sido quitada (cf. Mt 28, 1-7). De este modo, nos queremos ubicar decididamente, con fe y convicción, del lado de la vida donde se respire paciencia y se prioricen valores. Dos actitudes fundamentales, entre otras, para vivir hoy el seguimiento de Jesús de manera profética.

Paciencia. Esta palabra, la encontramos enunciada en el sermón de la montaña: «Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia» (Mt 5,4). Es el proyecto y programa de

vida que encarnó Jesús. Nos viene bien a la vida consagrada volver nuestra mirada sobre esta actitud, para recobrar la serenidad en nuestros vínculos y contagiar calma a nuestras comunidades. Para esto, debemos no perder de vista la perspectiva real de las cosas y de las emociones, para no maximizarlas, no agrandar problemas ni ver y crear conflictos donde no los hay. Necesitaremos ejercitarnos mucho en la paciencia durante este tiempo de aislamiento. Si queremos «heredar la tierra», debemos habitar cordialmente todos nuestros espacios, favorecer, en lo cotidiano, la escucha empática, el buen trato, la espera mutua y la reconciliación.

Priorizar. Es la otra palabra que nos sentimos urgidos a rescatar en esta cuarentena. Necesitamos volver a colocar en primer lugar lo que es importante, es decir, recordarnos mutuamente por qué estamos, por qué y por quién nos consagramos, y a quiénes nos debemos. Los compromisos asumidos han quedado atrás, por razones obvias se suspendieron. A nuestras agendas, por única vez en la vida, las tenemos vacías. Nos encontramos con la necesidad de postergar, y más aún, de renunciar a muchos compromisos que quizá nunca los llevemos adelante tal como los habíamos ideado. Priorizar, por ende, nos tiene que llevar a renunciar, a volver a re-enunciar aquello que sí es importante y merece la pena hacerlo.

Practicar la paciencia y volver a ubicar lo importante en nuestras vidas, nos ayudará también a ser flexibles, condición importante para no perder el humor, no enfermarnos ni desanimarnos por lo que no se da ni se puede hacer. El fundador de la psicología social, el doctor Pichón Rivière, hablaba mucho acerca de la expresión: «adaptación activa a la realidad», como la capacidad que tenemos todos de modificar creativamente el entorno. Gracias a estas actitudes nos podemos humanizar y establecer lazos solidarios con todos aquellos que, en términos del papa Francisco, compartimos la vida y nos encontramos inmersos en la misma barca.

Para finalizar comparto una imagen que me regaló una religiosa amiga en estos días:

